

El sueño de las sombras

Juan Agustín Mancebo Roca

el sueño de las sombras

La primera impresión que se tiene al observar los cuadros de Almudena es un profundo malestar. Algo te inquieta, se incomoda, no deja lugar a la respiración. No es una obra de fácil acceso, puesto que es una pintura difícil, comprometida, que no permite indiferencia. Tiene poco de complaciente. Su impacto visual es brutal. Creada desde la violencia y la agresividad, el lienzo se convierte en un campo de batalla donde aparecen y se difuminan sucesivamente imágenes, donde lo gestual e inmediato conviven con construcciones efímeras. Un trabajo tremendamente sincero, trascendente, construido desde la experiencia personal. Obra y artista son indisolubles, no hay distancia entre ellas. Su vivencia es fundamental, se desplaza y se materializa en sus cuadros.

No nos encontramos ante una creadora al uso. La disolución de tópicos comienza en su propio estudio. Para ella su verdadero hábitat está en su taller. Lo considera como el único espacio donde realmente se encuentra cómoda. Dominado por la artificialidad de unos neones, su espacio de reflexión y trabajo tiene más que ver con un lugar de vigilancia que con un universo creativo. A pesar de la primera impresión de frialdad, su taller es a la vez íntimo, extraordinariamente cálido, demasiado humano. Cuando se accede a él, es la impresión de estar violando un lugar tan personal que te convierte en extraño. La sensación de desasosiego, de ansiedad aparece ya en el taller. La privacidad y la tensión del mismo se trasladan a su obra. Es tan difícil ponerse delante de sus cuadros como acceder a su mundo creativo.



La pintura ha sido definitivamente desplazada en un mundo dominado por la imagen. Y ese mundo no ha concedido ni un solo resquicio a su predecesora durante siglos. Ha terminado por reducirla a cenizas, por aniquilarla. Almudena trabaja desde ese punto de reducción, que a la vez es una posición de resistencia ante la avalancha mediática que nos sepulta. Malraux decía: "se es un hombre cuando se sabe decir no". Almudena niega esta sociedad polimorfa en una batalla que se antoja como un progreso en el fracaso.

El humanismo ha desaparecido. La tecnología y los media, con su proliferación de mensajes icónicos y la cultura de la imagen salvaje instantáneamente perdurable, no ofrecen ninguna respuesta, pero son los verdaderos dominantes de la esfera social que configuran la cultura contemporánea: el preciso momento de la técnica a través de la televisión y de los ordenadores, parece capaz de hacer que todos los saberes penetren en todos los hogares, la lógica del consumo destruye la cultura. La palabra persiste pero vaciada de cualquier idea de formación, de abertura al mundo y de cuidado del alma. Actualmente lo que rige la vida espiritual es el principio del placer, forma postmoderna del interés privado (...). El individuo postmoderno ha olvidado que la libertad era otra cosa que la potestad de cambiar cadenas, y la propia cultura algo más que una pulsión satisfactoria".

Actualmente lo que rige la vida espiritual es el principio del placer, forma postmoderna del interés privado (...). El individuo postmoderno ha olvidado que la libertad era otra cosa que la potestad de cambiar cadenas, y la propia cultura algo más que una pulsión satisfactoria".

Almudena Roca (centro), 2000
técnica mixed y lana sobre tela. 100x100 cm.

La primera impresión que se tiene al observar los cuadros de Almudena es un profundo malestar. Algo te inquieta, te incomoda, no deja lugar a la respiración. No es una obra de fácil acceso, puesto que es una pintura difícil, comprometida, que no permite indiferencia. Tiene poco de complaciente. Su impacto visual es brutal. Creada desde la violencia y la agresividad, el lienzo se convierte en un campo de batalla donde aparecen y se difuminan sucesivamente imágenes, donde lo gestual e inmediato conviven con construcciones efímeras. Un trabajo tremendamente sincero, trascendente, construido desde la experiencia personal. Obra y artista son indisolubles, no hay distancia entre ellas. Su vivencia es fundamental, se desplaza y se materializa en sus cuadros.

Un trabajo tremendamente sincero, trascendente, construido desde la experiencia personal. Obra y artista son indisolubles, no hay distancia entre ellas. Su vivencia es fundamental, se desplaza y se materializa en sus cuadros.

No nos encontramos ante una creadora al uso. La disolución de tópicos comienza en su propio estudio. Para ella su verdadero hábitat está en su taller. Lo considera como el único espacio donde realmente se encuentra cómoda. Dominado por la artificialidad de unos neones, su espacio de reflexión y trabajo tiene más que ver con un lugar de vigilancia que con un universo creativo. A pesar de la primera impresión de frialdad, su taller es a la vez íntimo, extraordinariamente cálido, demasiado humano. Cuando se accede a él, da la impresión de estar violando un lugar tan personal que te convierte en extraño. La sensación de desasosiego, de ansiedad aparece ya en el taller. La privacidad y la tensión del mismo se trasladan a su obra. Es tan difícil ponerse delante de sus cuadros como acceder a su mundo creativo.

La pintura ha sido definitivamente desplazada en un mundo dominado por la imagen. Y ese mundo no ha concedido ni un solo resquicio a su predecesora durante siglos. Ha terminado por reducirla a cenizas, por aniquilarla. Almudena trabaja desde ese punto de reducción, que a la vez es una posición de resistencia ante la avalancha mediática que nos sepulta. Malraux decía: "se es un hombre cuando se sabe decir no". Almudena niega esta sociedad polimorfa¹ en una batalla que se antoja como un progreso en el fracaso.

El humanismo ha desaparecido. La tecnología y los media, con su proliferación de mensajes icónicos y la cultura de la imagen salvaje instantáneamente perdurable, no ofrecen ninguna respuesta, pero son los verdaderos dominantes de la esfera social que configuran la cultura contemporánea: el preciso momento de la técnica a través de la televisión y de los ordenadores, parece capaz de hacer que todos los saberes penetren en todos los hogares, la lógica del consumo destruye la cultura. La palabra persiste pero vaciada de cualquier idea de formación, de abertura al mundo y de cuidado del alma. Actualmente lo que rige la vida espiritual es el principio del placer, forma postmoderna del interés privado (...). El individuo postmoderno ha olvidado que la libertad era otra cosa que

la potestad de cambiar cadenas, y la propia cultura algo más que una pulsión satisfecha"². Solamente significan una prorroga absoluta, en la que el espacio y el tiempo han sido congelados en el fin de lo humano.

El caos. No hay un solo resquicio. La tela blanca ha sido definitivamente desterrada, el lienzo desaparece. Los soportes han sido creados industrialmente: telas de camuflaje, mantas, retales, aislantes, toallas, etc., objetos que han formado parte de la vida de alguien, que han tenido un fin, que han sido usados. A través de ellos emergen una serie de imágenes que, solo a primera vista, parecen inconexas, fuera de contexto, pero que obedecen a una aplastante lógica.

Los elementos icónicos que utiliza Almudena son claramente reconocibles, tatuajes, comics, símbolos tradicionales o mediáticos, imágenes cinematográficas y publicitarias. Hay una proliferación de imágenes del mundo Disney. Un mundo ilusorio, tierno, infantil, y como tal, no teme, no reconoce la muerte. Las imágenes de Disney se desarrollan en un estado permanente de hibernación, como el de su propio creador, que descansa por siempre a 180 grados bajo cero. Pero este mundo congelado, esta perpetuación de lo inerte, tiene que ver con la propia manipulación mediática. Escribe Jean Baudrillard: "Disneylandia es un modelo perfecto de todos los ordenes de simulacros entremezclados". Lo real ha desaparecido para dar lugar a una presencia infinita de fantasmagorías: "el ocaso de la presencia física en beneficio de una presencia inmaterial y fantasmagórica"³. Un mundo degeneradamente imaginario que se convierte en medida de lo real: "Disneylandia muestra que lo real y lo imaginario perecen de la misma muerte"⁴.

La maternidad aparece en la obra de Almudena como algo larvado y terrible, un palpito como reconoce Pessoa: *"de la irrespirable tiniebla que nos pesa / de la húmeda tierra impuesta, / cadáveres aplazados que procrean"*. El nacimiento es el origen, pero a la vez la expulsión al mundo, al tránsito de la existencia. Los recién nacidos no son más frágiles. Son la representación de una vulnerabilidad que nos acompaña durante toda nuestra existencia. Es el comienzo del paréntesis "al destino postrero del hombre que en la corriente de su vida lleva anticipada ya la muerte infalible"⁵.

A través de las imágenes banales de los tatuajes, Almudena reconstruye un itinerario en el que el cuerpo es el espacio de representación. Los tatuajes son inscripciones en la piel, realizadas mediante la perforación del organismo, para embellecer, para dibujar un símbolo, para escribir una historia en el cuerpo. Es necesario hacerlo a través del sufrimiento. En los cuadros aparecen elementos que no están dibujados, sino cosidos, con lo que refuerza esta referencia en la que la creación también significa sufrimiento. Su particularidad se inscribe en la poética de la marca, de la hendidura, de la penetración en la tela. La aguja se convierte pincel y marca como lo haría en un cuerpo.

El dolor físico sirve a Almudena como excusa para profundizar en temas que ella reconoce como *calientes*: el sexo, la enfermedad y la muerte. El dolor a la vez nos reconoce como mortales, haciendo hincapié en la vulnerabilidad de la condición humana. El sufrimiento, el dolor y la muerte son parte de la vida, pero es un pensamiento que ha sido abolido de

nuestra fría condición *postmoderna*. La muerte es, en estos cuadros, concebida como algo tan sagrado como la vida.

La muerte aparece como tema dominante en toda la producción de Almudena. A veces su presencia es asfixiante. La referencia es brutal. Cráneos y esqueletos nos refieren a una *vánitas* clásica, entroncada directamente con el romanticismo negro. Pero aparece alterada, escondida entre cientos de imágenes reconocibles. La muerte es la puerta de nuestras obsesiones: De nuestra finitud, de nuestra conciencia Terminal nacen miedos y deseos. Intentamos construir una historia, un mito para escapar de la terrible sensación de que algún día *cesaremos*, de que nuestro destino es ya póstumo. Somos simplemente *fragmentos* de tiempo, dos fechas: la de nuestro nacimiento y nuestra desaparición. Un lapsus minúsculo en la nada de dos noches eternas.

Hay en su obra continuas referencias históricas a las culturas, a las religiones, a las creencias y a los mitos: el libro de los muertos, las representaciones cristianas, la iconografía religiosa. El grado de perversidad de sus imágenes es tal que en uno de sus cuadros reconstruye un pie del esqueleto de Cristo. Jesús interesa como ser humano, no como deidad crucificada. Pone en jaque el dogma de la resurrección, y con ello toda la parafernalia de la religión católica, destruida irremediabilmente si se descubriera (si no lo han hecho ya) el osario de Jesús, hijo de José y de María.

La religión y las creencias son simplemente mitos sin ningún tipo de fundamento, inventados para no enfrentarse al desasosiego de la noche eterna sin nada a lo que aferrarse. Más vale una mentira, una ilusión vana que una verdad a todas luces terrible.

El ser humano se ha convertido en una sombra: *Siento que soy nadie salvo una sombra / y en la nada existo como la tiniebla fría*. No hay paraíso. La única existencia es la terrenal. Y la vida humana es un transitar por el valle de las sombras, vivir entre presencias condenadas a desaparecer, ínfimas, banales.

Pero no sólo hay un interés por la desaparición física, sino por la eliminación de la conciencia. De este modo uno de sus cuadros, que aparece marcado por *Cualquier nombre* es una de las obras más sinceras y devastadoras. Nos refiere a la destrucción de la personalidad, al exterminio mental. En definitiva, el paso hacia el abismo que es la locura pero ¿no es la locura una forma de muerte anticipada, una aniquilación de la memoria?. *Duerme en la sombra, incierto corazón*⁶.

Juan Agustín Mancebo Roca

¹ Finkelkraut, A.: *La derrota del pensamiento*. Anagrama, Barcelona, 1990, p. 116.

² Ibid. P. 128

³ Virilio, P.: *El cibermundo, la política de lo peor*. Cátedra, Madrid, 1997, p. 9

⁴ Baudrillard, J.: *Cultura y simulacro*. Cairos, Barcelona, pp. 29-31.

⁵ Ayala, F.: Prólogo a *Muerte en Venecia*. Edhasa, Barcelona, 1997, p. 9.

⁶ Pessoa, F.: Poesía. *Antología mínima*. Río Nuevo, Barcelona, 1996.